

—No hay nada decidido todavía—contestó la señora de Gregoire:—un proyecto en embrión... Es preciso pensarlo.

—Es verdad—contestó el pariente con su acostumbrada sonrisa.—Creo que la tía y el sobrino... Y lo que más rabia me da, es que la señora de Hennebeau sea la que parezca más enamorada de Cecilia.

Pero el señor Gregoire se indignó. ¡Una persona tan distinguida, y que tenía catorce años más que su sobrino! Eso era monstruoso, y no le gustaba que se tuvieran aquellas bromas en su casa. Deneulín, sin dejar de sonreír, le estrechó la mano, y se fué.

—Pues no es la profesora ahora tampoco—dijo Cecilia, volviendo á entrar en el comedor.—Es aquella mujer que nos encontramos el otro día... aquella mujer de un minero, que viene con sus dos hijos... ¿Entran aquí?

Hubo un momento de duda. ¿Estarían muy sucios? No, no mucho; y además, dejarían los zuecos en la antesala.

El padre y la madre, que habían vuelto á colocarse cómodamente en sus butacas, se acabaron de decidir por no variar de postura y tener que salir del comedor.

—Que entren, Honorina.

Entonces entraron la mujer de Maheu y sus dos pequeñuelos, los tres muertos de frío, hambrientos, asustados al verse en aquella sala donde hacía tanto calor y olía tan bien á pastel.



II.



En el cuarto de Maheu, que, como hemos dicho, se había quedado todo en silencio y á oscuras, había ido luego entrando poco á poco la claridad por entre las tabletas de las persianas; el aire, sin renovar, se iba haciendo cada vez más pesado, y todos continuaban durmiendo á pierna suelta: Leonor y Enrique, el uno en los brazos del otro, y Alicia con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en su joroba, mientras el abuelo *Buenamuerte*, que ocupaba la cama de Zacarías y de Juanillo, roncaba con la boca abierta. No se oía ni el menor ruido en el gabinete donde la mujer de Maheu se había quedado durmiendo y dando de mamar á Estrella, con la cabeza echada á un lado, con su hija recostada sobre ella, y durmiendo á su vez después de harta de mamar.

El *cu-cu* de abajo dió las seis. Por todo el barrio

oyóse ruido de puertas que se abrían y cerraban; después el de los zuecos pisando sobre las losas de las aceras: eran las cernedoras, que se iban á la mina. Y volvió á reinar el silencio hasta las siete.

Á esa hora descriéronse las persianas, y á través de las paredes oyéronse toses y bostezos. Pero en el cuarto de los Maheu nadie se despertaba.

De pronto, un ruido terrible de gritos y bofetadas que se oían á lo lejos hizo incorporar á Alicia.

Tuvo conciencia de la hora que era, y, tirándose de la cama, fué á despertar á su madre.

—¡Mamá, mamá; es muy tarde, y tienes que salir!... Cuidado, que vas á aplastar á Estrella.

Y salvó á la niña, medio ahogada ya, por la masa de carne de los pechos.

—¡Maldita suerte! — murmuraba la mujer de Maheu, restregándose los ojos.—Está una tan cansada, que no se levantaría en todo el día... Viste á Leonor y á Enrique, para que vengan conmigo, y tú cuidarás de Estrella, porque no quiero llevarla, no vaya á ponerse mala con este tiempo tan crudo.

Lavábase entre tanto apresuradamente, y se ponía una faldilla azul, ya muy vieja, que era la mejor que tenía, y un gabán de lana gris, al cual había puesto dos ó tres remiendos el día antes.

—¿Y la sopa? ¡Maldita suerte!—volvió á murmurar!

Mientras su madre bajaba al comedor, tropezando con todo, Alicia volvió á la alcoba con Estrella en brazos. Ésta se había puesto á llorar otra vez.

Pero estaba acostumbrada á los berridos de su hermana, y á pesar de sus ocho años escasos tenía ya astucias de mujer para engañar y entretener á la pequeña.

La echó en su cama, aún caliente, y la durmió, metiéndole el dedo en la boca para que chupase.

Ya era tiempo, porque en aquel momento estallaba otra disputa entre Leonor y Enrique, que habían despertado al fin, y entre los cuales tuvo ella que poner paz. Aquellos dos muchachos no congeniaban, ni estaban en paz y abrazados más que cuando dormían. La niña, que tenía seis años, se enredaba á pescozones con su hermanillo más pequeño desde que se levantaban, y el pobre Enrique los sufría sin devolverlos. Los dos tenían la cabeza muy grande y desproporcionada, cubierta de encrespados cabellos rojos. Fué menester, para que se restableciese la paz, que Alicia tirase á su hermana de los piés, amenazándola con arrancarle la piel á fuerza de azotes. Luego hubo llantos y furias al irlos á lavar y á vestir. No querían abrir la ventana, para que no se despertase el abuelo *Buenamuerte*. El pobre viejo seguía roncando en el camastro de sus nietos.

—¡Vamos, ya está esto! ¿Habéis concluído?—gritó la mujer de Maheu.

Había abierto las ventanas y avivado la lumbre, echándole más carbón. Su esperanza consistía en que el viejo no se hubiera comido la sopa. Pero como encontró el pucherete completamente limpio,

puso á cocer un poco de ensalada que tenía escondida. Tendrían que resignarse á beber agua, porque no debía quedar café, ni mucho menos manteca; así es que la pobre mujer se quedó sorprendida al ver que Catalina había hecho el milagro de dejar un poco de cada cosa. En cambio, el armario estaba completamente vacío: nada, ni una corteza de pan, ni un hueso que roer. ¿Qué iba á ser de ellos, si Maigrat se empeñaba en no fiarles más, y si las señoras de *La Piolaine* no le daban siquiera un par de francos? Porque cuando su marido y sus hijos volviesen del trabajo, había que comer irremisiblemente.

—¿Bajáis, ó no?—gritó de nuevo.—Ya debía haberme ido.

Cuando Alicia y los dos niños entraron en la sala baja, dividió la ensalada cocida en tres platos. Ella no quería, porque no tenía gana, según dijo. Aunque Catalina había vuelto á pasar por el colador el café del día antes, volvió á hacer lo mismo, y se bebió dos tazas seguidas de aquel brebaje, que parecía agua sucia. Pero, en fin, bueno estaba; siquiera le quitaría el desmayo, y la haría entrar en calor.

—Oye—dijo, dirigiéndose á Alicia,—ten cuidado de que no se despierte tu abuelo, que no se rompa Estrella la cabeza; si se despierta y llora mucho, aquí tienes un terrón de azúcar, lo deshaces en agua, y le das unas cucharadas... Ya sé que eres buena, y que no te lo comerás tú.

—¿Y la escuela, mamá?

—¿La escuela? Otro día irás, porque hoy te necesito.

—¿Quieres que haga yo la comida, si vienes tarde?

—La comida, la comida... No; espera á que yo vuelva.

Alicia, que tenía la precoz inteligencia de casi todos los niños enfermos, sabía guisar muy bien. Pero debió comprender lo que significaba la negativa de su madre, y no insistió. Estaba ya en pie toda la gente del barrio; bandadas de muchachos se dirigían á la escuela, haciendo sonar estrepitosamente sus zuecos en las losas de la calle. Dieron las ocho; de la casa contigua, donde vivían los Levaque, salía el ruido de animadas conversaciones. Las mujeres empezaban á trabajar en sus casas; estaban alrededor de sus cafeteras, con los brazos en jarras y meneando las lenguas como aspas de molino. Una cara ajada, de labios gruesos, de nariz chata, se acercó á la ventana de la sala baja de los Maheu, diciendo:

—¡Hola, vecina! ¿Sabes que hay novedades?

—Bueno, bueno; luego me las contarás—contestó la mujer de Maheu,—porque tengo que salir.

Y temiendo caer en la tentación de ponerse á chismorrear, agarró de la mano á Leonor y á Enrique, y salió con ellos. En el piso de encima, el viejo *Buenamuerte* seguía roncando como un bendito.

Al salir á la calle la mujer de Maheu, se quedó sorprendida, notando que el viento había caído completamente. Estaba deshelando, pero hacía un frío intensísimo; el cielo tenía color de tierra, las paredes chorreaban á causa de la humedad, los caminos estaban intransitables por el mucho barro, un barro especial, que sólo se conoce en el país del carbón, negro y tan áspero, que se dejaba uno en él la suela de los zapatos. Al poco rato tuvo que dar una bofetada á Leonor, porque la chicuela se entretenía en recoger el barro con la punta de sus zuecos, como si fueran una pala.

—¡Verás, verás tú, grandísimo tunante, si voy á tí y te rompo el alma, para que hagas bolitas!

Era que Enrique había cogido un puñado de barro, y se entretenía en hacer bolas con él. Los dos chiquillos, azotados por igual, entraron en orden, y, ya muy formales, siguieron andando con trabajo, porque los piececillos se les clavaban en el fango á cada paso.

Por el lado de Marchiennes, la carretera se extendía, bien cuidada, en el trayecto de dos leguas; pero por el de Montson, el camino tenía mucha cuesta, y estaba lleno de baches; en cambio, estaba mucho más animado, porque á sus bordes comenzaba el pueblo. Multitud de casitas, pintadas unas de amarillo, otras de azul, otras con cal blanca, animaban el paisaje. Algunas casas más grandes, de dos pisos, veíanse también; estaban destinadas á vivienda de los jefes de taller. Una iglesia, tam-

bién de ladrillos, que parecía un modelo de fábrica de nueva arquitectura, con su campanario cuadrado en forma de chimenea, y ennegrecido por el polvillo de carbón que invadía toda la campiña, era el edificio más saliente de todos. Ya dentro del pueblo, y aun en los caseríos de la carretera, predominaban las tiendas de bebidas, las tabernas, los despachos de cerveza, tan numerosos, que entre las mil casas del pueblo había quinientas tabernas lo menos.

Al aproximarse á las canteras de la Compañía, que eran una vasta serie de almacenes y de talleres, la mujer de Maheu se decidió á coger un chico de la mano. A la entrada de aquéllas se veía el palacio del director, señor Hennebeau; una especie de *chalet* enorme, separado del camino por una verja, seguida de un jardín, donde crecían algunos árboles raquíticos. Precisamente á la puerta había un carruaje, de donde se apearon un caballero y una señora envuelta en un abrigo de pieles; sin duda alguna visita de París que había llegado aquella mañana á la estación de Marchiennes, porque la señora de Hennebeau, que salió á recibirlos, lanzó una exclamación de extraordinaria sorpresa y de gran alegría.

—¿Queréis andar, demonios?—gruñó la mujer de Maheu, tirando de sus dos hijos, que se atascaban en el fango.

Llegó á casa de Maigrat muy emocionada. Maigrat vivía al lado del palacio del director; una ta-

pia separaba el hotel del señor Hennebeau de la estrecha vivienda que habitaba el comerciante, quien tenía allí un almacén de todo, y una tiendecilla, cuya puerta daba á la carretera. Ya hemos dicho que había allí un poco de todo: especias, salchichería, frutería, panadería, despacho de cerveza y objetos de fantasía. Había sido vigilante en la mina *Voreux*, y luego, al abrir tienda, empezó con una muy pequeña; pero después, gracias á la protección decidida de sus jefes, la había agrandado, aumentando su comercio, y acabando por matar la venta al por menor en Montson. Acaparó las mercancías, y su importante clientela de obreros le permitía vender á precios más baratos, y abrir créditos mayores que todos los demás tenderos. Por otra parte, seguía siendo el protegido de la Compañía, que le había hecho de nueva planta la tienda y el almacén.

—Aquí estoy otra vez, señor Maigrat—dijo la mujer de Maheu con humildad, al verle en la puerta.

Él la miró sin contestarle. Era un hombre alto, grueso, fornido, que pretendía ser enérgico, y que cuando tomaba una resolución, ésta era siempre irrevocable.

—Vamos, no me despedáis como ayer. Necesitamos comer pan, de aquí al lunes... Es verdad que hace dos años os debemos sesenta francos; pero...

Y siguió hablando con frase entrecortada y voz poco segura. Aquella era una deuda antigua, con-

traída durante una huelga. Veinte veces habían prometido pagarla; pero como no podían, apenas le daban cuarenta sueldos cada quincena. Además, les había sucedido una desgracia; habían tenido que pagar veinte francos á un zapatero que quería embargarles, y por eso no tenían ni un céntimo. Si no, hubieran podido tirar hasta el sábado, como los demás compañeros.

Pero Maigrat, sin abrir la boca, sin mirarla siquiera, recostado en el quicio de la puerta, y con los brazos cruzados sobre el pecho, contestaba que no con la cabeza á cada una de aquellas súplicas.

—Nada más que pan, señor Maigrat. Ya veis que soy razonable; no quiero café... sólo dos panes de tres libras todos los días.

—¡No!—exclamó él al fin con toda su fuerza.

Su mujer había aparecido en aquel momento; era una pobre criatura, endeblucha, que pasaba los días sobre su libro de cuentas, sin atreverse siquiera á levantar la cabeza. Pero se marchó en seguida, compadecida de aquella pobre infeliz que le dirigía miradas suplicantes. Decíase de ella que prestaba de buen grado el lecho conyugal á las muchachas de los parroquianos. Era cosa sabida: cuando un minero deseaba una prórroga de crédito, no tenía más que mandar á su hija ó á su mujer, fuesen guapas ó feas, con tal de que se mostraran complacientes.

La mujer de Maheu, que seguía suplicando con la vista, se sintió turbada ante la insistencia de los

ojillos de Maigrat, que la contemplaba de un modo extraño. Aquello la puso fuera de sí; lo hubiera comprendido antes de tener siete hijos, cuando era joven y guapa. Y se marchó de allí, arrastrando á Leonor y á Enrique, que se entretenían en recoger las cáscaras de nuez que había en el suelo de la tienda.

—Acordáos de lo que os digo, señor Maigrat; esto os traerá alguna desgracia.

No le quedaba ya más esperanza que los señores de *La Piolaine*. Si éstos no le daban siquiera un par de francos, se morirían todos de hambre en su casa.

Había tomado el camino de Joiselle. Allá, á la izquierda, en un recodo de la carretera, estaba el palacio del Consejo de Administración, magnífico edificio, donde todos los años se reunían señores de París, y príncipes, y generales, á celebrar con grandes banquetes el aniversario del establecimiento de la Compañía. Mientras caminaba, iba gastando *in mente* los dos francos: primero pan, luego un poco de café, en seguida manteca y patatas para las sopas de por la mañana y el guisote de al mediodía, y tal vez pudiera permitirse también el lujo de un poco de carne de puerco: su marido necesitaba tomar carne en alguna comida.

Encontróse al cura de Montson, el P. Joire, que pasaba por allí, remangándose la sotana con la delicadeza propia de un gato mimado y bien nutrido que teme mojarse la cola. Era un hombre de buen

carácter, vivía en paz con todo el mundo, y procuraba ocuparse lo menos posible de las cosas de la vida.

—Buenos días, señor cura.

El P. Joire no se detuvo: dirigió una sonrisa á los niños, y la dejó plantada en medio del camino. La mujer de Maheu no tenía religión; pero, sin saber por qué, había supuesto que aquel cura iba á darla algo. Y continuó su camino por en medio del lodazal que produjeran las últimas lluvias.

Tenía que andar dos kilómetros más, y le era necesario tirar de los chicos, que ya no podían con su alma, y que, rendidos de cansancio, habían dejado de estar alegres y juguetones.

A un lado y otro del camino se veían casas iguales á las de antes; los mismos edificios de ladrillos con sus grandes chimeneas, ennegrecidas por el humo y el polvillo del carbón. Y más allá los campos áridos, inmensos, semejantes á un desierto negro, sin que la monotonía del paisaje se alterara en lo más mínimo, hasta que la vista tropezaba allá en el horizonte con la línea verde oscuro del bosque de Vendome.

—Llévame en brazos, mamá.

Y ella les llevaba un rato á uno y otro á otro, por turno. El camino estaba lleno de charcos, y la pobre mujer se levantaba las sayas hasta la rodilla, temiendo llegar demasiado sucia. Dos ó tres veces se vió á punto de caer, porque el suelo estaba muy resbaladizo, y cuando al fin llegaron á *La Piolai-*

ne, tres perros enormes se abalanzaron á ellos, ladrando con tal furia, que los dos niños se asustaron. Hubo necesidad de que el cochero cogiese un látigo.

—Quitáos los zuecos y entrad—les dijo Honorina.

En el comedor, la madre y los chicos se quedaron inmóviles, aturridos por la brusquedad del cambio de temperatura, y turbados ante las miradas de aquellos dos señores viejos, que se acomodaban en sus magníficos sillones.

—Hija mfa—dijo la señora Gregoire,—encárgate de tu tarea.

Los señores de Gregoire dejaban á Cecilia el cuidado de hacer sus limosnas. Aquello entraba en su plan de buena educación. Era necesario ser caritativo, y añadían ellos mismos que su casa era para los pobres la casa de Dios. Además, se alababan de hacer la caridad de un modo inteligente y cuidadoso, para no ser víctimas de engaños que pudieran alimentar el vicio. Así es que nunca daban dinero, ¡jamás! ni dos céntimos, porque era cosa sabida que en cuanto un pobre cogía algunos cuartos, iba á gastarlos en vino ó en cerveza. Sus limosnas se hacían siempre en especie, y principalmente en ropas de abrigo, que distribuían en invierno á los niños indigentes.

—¡Oh, pobrecillos!—decía Cecilia mirando á Leonor y á Enrique.—¡Qué pálidos están de haber andado al frío!... Honorina, sube á mi cuarto, y tráeme el paquete que tengo allí.

Las criadas también miraban á aquellos miserables con la compasión poco profunda de gente que tiene la comida asegurada. Mientras la doncella subía al cuarto de la señorita, la cocinera, por curiosidad y haciéndose la distraída, continuaba de pie junto á la mesa, con las manos cruzadas, y sin llevarse el pastel.

—Precisamente—continuó Cecilia,—tengo todavía dos trajecitos de lana de mucho abrigo... ¡Ya veréis qué bien les están á estos pobrecitos!

Entonces la mujer de Maheu recobró el uso del habla.

—Muchas gracias, señorita... Son ustedes muy bondadosos...

Las lágrimas le habían humedecido los ojos; se creía segura de conseguir los dos francos, y no la preocupaba más que de la forma en que debía pedirlos, si no se los ofrecían antes. La doncella no bajaba, y hubo un momento de embarazoso silencio. Los dos chiquillos, uno á cada lado de su madre, con la cara asustada y la boca abierta, no quitaban los ojos del pastel.

—¿No tenéis más que estos dos?—preguntó la señora de Gregoire, por romper el silencio.

—¡Oh! No, señora; tengo siete.

El señor Gregoire, que había vuelto á emprender la lectura de su periódico, indignado al oírla, dió un salto en la butaca.

—¡Siete hijos! ¡Virgen santísima!

—Eso es una imprudencia—añadió su esposa.

La mujer de Maheu hizo un gesto para excusarse.

—¿Qué queréis?—dijo.—Esas cosas no se piensan, y los hijos vienen naturalmente. Además, cuando son mayores, ganan dinero y ayudan á los gastos de la casa.

Su familia, por ejemplo, viviría regularmente, si no fuera porque tenían en casa al abuelo, que ya no estaba el pobre para nada, y si no existieran más que los dos hijos mayores y su hija Catalina, los que podían bajar á la mina. Pero era necesario dar de comer también á los pequeños, que no servían aún para nada.

—Según eso—dijo la señora de Gregoire,—hace mucho tiempo que trabajáis en las minas.

Una sonrisa silenciosa animó el lívido semblante de la mujer de Maheu.

—¡Ah! ¡Sí... sí, señora! Yo trabajé en ellas hasta la edad de veinte años. El médico dijo que me moriría si seguía trabajando, cuando tuve el segundo parto. Además, por entonces fué cuando me casé, y tenía bastante que hacer en mi casa... Pero la familia de mi marido trabaja en las minas desde tiempo inmemorial. Creo que empezó el abuelo del abuelo de mi marido; en fin, qué sé yo... Desde que se dió el primer golpe de pico en la mina *Requillart*.

Otra vez el señor Gregoire había dejado el periódico, y contemplaba con expresión singular á la pobre mujer y á sus dos hijos, que daba lástima

de verlos con aquella carne de color de cera, con aquellos cabellos despeinados, roídos por la anemia y con la fealdad repugnante de la gente hambrienta. Sobrevino otro momento de silencio, interrumpido tan sólo por el chisporroteo de la lumbre en la chimenea. En el comedor se disfrutaba de esa tranquilidad, de ese calorcito agradable, característico en el hogar de los burgueses ricos.

—¿Qué hace esa muchacha?—dijo Cecilia, impaciente.—Melanía, sube á decirle que el paquete está en la última tabla del armario, á la izquierda.

El señor Gregoire terminó de formular en voz alta las reflexiones que le inspiraba la vista de aquellos pobres diablos.

—La verdad es que las cosas de este mundo andan mal; pero preciso es confesar también, buena mujer, que los obreros no suelen ser precavidos... Así es, que, en vez de economizar algún cuarto, como hace la gente del campo, nuestros mineros beben, contraen deudas y acaban por carecer de lo necesario para mantener á sus hijos.

—El señor tiene razón—contestó tranquilamente la mujer de Maheu.—No todos andan por buen camino. Eso les digo á muchos cuando se quejan... Yo he tenido suerte, porque mi marido no bebe. Algunos domingos toma una copa de más; pero, en fin, eso sucede rara vez. La cosa es tanto más de agradecer, cuanto que antes de casarnos estaba siempre como una cuba, y perdonad la expresión... Y, sin embargo, maldito si adelantamos gran cosa

con que sea hombre de bien. Hay algunos días, como hoy, por ejemplo, que no se encuentra en casa ni un cuarto, ni un mendrugo de pan.

Quería preparar el terreno para que le ofreciesen los dos francos, y continuó explicándoles la deuda fatal que habían contraído, pequeña al principio, más grande después, y por fin insoportable para sus escasos recursos. Mientras se cobraban puntualmente las quincenas, menos mal; pero en cuanto que por cualquier causa se retrasaba el cobro, siquiera un día, no había medio de volverse á poner al corriente. La situación iba empeorando cada vez más, y los hombres se cansaban de trabajar, viendo que no sacaban ni lo indispensable para comer. Nada, no había remedio; no volvía uno á nivelarse en toda la vida. Además, era necesario comprender la razón: los carboneros necesitaban un jarro de cerveza de cuando en cuando para quitarse el polvo de la garganta. La cosa empezaba por ahí, y concluía por no salir el hombre de la taberna cuando estaba disgustado. Quizás fuera (y esto lo decía con el debido respeto y sin quejarse de nadie) que no pagaban á los obreros como era debido.

—Yo creí—dijo la señora Gregoire—que la Compañía os daba casa y lumbre.

La Maheu miró oblicuamente á la chimenea del comedor.

—Sí, sí; nos dan carbón... no muy bueno... pero, en fin, que arde... En cuanto á la casa, no

nos hacen pagar más que seis francos al mes; parece que no es nada, y muchas veces no se pueden pagar... A mí, por ejemplo, aunque me hiciesen pedazos hoy, no me sacarían ni un cuarto. Donde no hay, no hay.

El señor Gregoire y su esposa callaban, cómodamente arrellanados en las butacas, y disgustándose poco á poco ante el espectáculo de aquella miseria. Ella temió haberlos ofendido, y añadió con su aire tranquilo de mujer práctica de la vida:

—Todo esto no lo digo por quejarme. Las cosas están así, y es preciso aceptarlas como son, tanto más, cuanto que, hiciéramos lo que hiciéramos, estaríamos lo mismo... Así es, que lo mejor, ¿no es verdad, señoritos? es dedicarse á cumplir los deberes que Dios nos ha impuesto á cada cual.

El señor Gregoire aplaudió mucho la reflexión.

—Con tales sentimientos, buena mujer, está uno al abrigo del infortunio.

Honorina y Melanía entraron con el paquete. Cecilia lo deshizo, y sacó los dos trajecitos, unas medias y unos mitones para cada chico. Todo les iba á sentar muy bien, y la joven se apresuraba á ponerles la ropa, porque acababa de llegar su maestra de piano, y no era cosa de hacerla esperar. Así es, que empujaba suavemente á la madre y á los chicos hacia la puerta.

—Estamos tan atrasados—balbuceó la Maheu,—que si tuviésemos siquiera una moneda de dos francos...

La frase quedó sin concluir, porque los Maheu eran orgullosos, y no mendigaban nunca. Cecilia, intranquila, miró á su padre; pero éste se negó rotundamente, como quien cumple un deber sagrado.

—No; dinero no damos.

Entonces la joven, compadecida de la cara descompuesta de la pobre mujer, quiso mimar á los niños. Las dos criaturas seguían mirando con ansia el pastel, y Cecilia cortó dos pedazos grandes y dió uno á cada uno.

—¡Tomad esto para vosotros!

Luego los volvió á coger, y pidió un periódico.

—Esperad, y repartiréis con vuestros hermanitos.

Y bajo las miradas enternecidas del padre y de la madre, la señorita de Gregoire acabó de llevarlos hasta la puerta. Las pobres criaturas, que estaban muertas de hambre, salieron de allí, sin embargo, con el pastel en las manos, que apenas podían mover de frío.

La Maheu arrastró á sus hijos fuera de la casa, sin reparar siquiera en los desiertos campos, ni en el camino lleno de barro, ni en el cielo encapotado y triste.

Al pasar de vuelta por Montson, entró muy decidida en casa de Maigrat, y tanto suplicó, que acabó por sacarle dos panes, algunas otras provisiones, y hasta los dos francos que necesitaba, porque debemos advertir que aquel hombre era también prestamista, á una semana de plazo. No la

quería á ella; á quien deseaba era á Catalina; la mujer de Maheu lo comprendió así, cuando le recomendó mandase á su hija por lo que les hiciese falta.

Pero eso ya se veía. Catalina era muy capaz de abofetearlo si se propasaba con ella.

